de los culpables. Todo eso era necesario para que la libertad humana subsistiera incólume, no obstante las misericordiosas violencias de la gracia. Y todo eso estaba pronosticado.

Parece, sin embargo, que nada de lo que concerniera al Mesías podia llegar á ser oscuro entre los judíos. Depositarios de la promesa, no la insultaban con ninguna duda y con ningun olvido: creian á sus padres y á Moisés, á quien Dios habló en medio de los milagros; y desde Moisés, ni el espíritu de Dios ni los milagros habian estado mudos. La promesa renovada, afirmada, desarrollada casi sin cesar, se dejaba oir en todos los Profetas, vivia en todos los grandes hombres. El Mesías llena toda la Escritura Santa; las revelaciones le anuncian, los acontecimientos y los personajes históricos, tambien anunciados, le figuran; todos sus actos están descritos; está fijado el dia de su advenimiento, y las circunstancias de su vida y de su muerte se hallan señaladas con minuciosos detalles. "Los judíos, dice un historiador de la Iglesia, poseian el retrato del Mesías que Dios empleó cuatro mil años en hacer; y, en fin, cuando apareció, las voces del cielo, de la tierra y del infierno, Juan Bautista y Pilatos, los ángeles y los demonios, los truenos y los milagros, esclamaron: *¡Hêle ahí!*"

Los judíos (no todos ellos, sin embargo) le han desconocido y aún le desconocen; pero, al desconocerle dan testimonio de que le esperaban; y su estraña desgracia, desgracia que ellos no pueden reparar, que el mundo no ha podido consumar, y que tambien ha sido predicha, atestigua que Aquel que ha venido es Aquel que debia venir. Los incrédulos modernos, tan ingratos como los judíos, se esfuerzan en hacer caso omiso de esa prueba brillante de su comun locura, y estrechados por el testimonio de los Profetas y de la historia hebráica, ó prescinden de esos grandes documentos, ó dicen con el mayor cinismo que son sueños interpretados por la imaginacion ó el engaño. Toda la existencia de un pueblo, y del pueblo que mas cuidado so ha sido de sus anales, se pone en tela de juicio, despreciándose los monumentos mas conocidos que hay en el mundo, con el solo objeto de dejar en blanco la primera página de la historia que, contra la verdad y la evidencia, pretenden escribir algunos *sabios*. Pero, cuántas confesiones de fé encierra todo eso respecto de la Divinidad, de esa Divinidad que bajo tantos velos se quiere ocultar inútilmente!

Hablando con propiedad, debe decirse que la historia de Jesus no tiene principio y no tendrá fin. *En el principio era el Verbo.—Su reino no tendrá fin.* Pero aun en el órden de su manifestacion temporal, Jesus no empieza en el pesebre y no acaba en la cruz, sino que va desde la creacion del hombre hasta la consumacion de los destinos del hombre, hasta el juicio final, Jesucristo era, es, será. Cuando el limo de la tierra, preparado por las manos de Dios, recibe el aliento vital y llega á ser una carne viva unida á una alma inmortal en ese momento empieza la vida de Jesus con la vida de su Iglesia, segun estas palabras de San Epifanio: "El principio de todas las cosas es la Santa Iglesia católica;" y hasta ahí debe remontarse el historiador, si no quiere hacer traicion á un tiempo mismo á Dios que es la Verdad, y á los hombres, que necesitan la verdad. Todas las demostraciones evangélicas comprenden justamente esta historia del cristianismo ántes de Jesucristo. Escuchemos un breve compendio de ella.

Despues de la caida, en el momento de ser arrojados del Paraiso, Adan y Eva, castigados, no maldecidos, oyen estas palabras que Dios dirige á la serpiente, órgano del espíritu de las tinieblas que ha aconsejado la desobediencia y que ha conseguido sus fines: "Estableceré enemistades entre la mujer y tú, entre su raza y la tuya, y su semilla te aplastará la cabeza." Esto es lo que, segun lo demuestra Bossuet, han aplicado al Mesias los antiguos judíos. "Por ese gérmen divino ó por la mujer que le produjera, segun las diversas enseñanzas de ese pasaje, debia ser reparada la desgracia del género humano y quitado su poder al príncipe de la tierra."

Abraham obedece á Dios humilde y lealmente: por obediencia abandona su país, su familia y la casa de su padre, dirigiéndose á la tierra que Dios debe mostrarle. Y Dios le dice: "De tí saldrá un gran pueblo; tu nombre será célebre; serás bendecido, y todos serán bendecidos contigo." Dios le somete luego á una nueva prueba: pídele el sacrificio de su hijo, único fruto de su ancianidad y de la larga esterilidad de Sara, y Abraham obedece tambien. La víctima está pronta, Abraham va á herir, Dios le detiene: "Porque has hecho esto, le dice el Señor; porque, por obedecerme, te hallabas dispuesto á sacrificar á tu hijo, á tu único hijo, yo te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y las arenas de las orillas del mar. *Y todas las naciones de la tierra serán bendecidas en Aquel que ha de salir de tí.*"

En los mismos términos se renueva la promesa á Isaac, hijo de Abraham, Jacob, hijo de Isaac, ve en sueños la escala misteriosa, cuya base descansa en la tierra y cuyo estremo toca al cielo, "y los án-

geles de Dios bajaban y subian," figura de la reconciliacion del cielo con la tierra por la Encarnacion del Verbo. Y el Señor le dice. "Yo soy el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; yo te daré á tí y á tu raza la tierra en que duermes. . . y todas las naciones de la tierra serán bendecidas en tí y *y en aquel que saldrá de tí.*"

Jacob, próximo á morir, predice á sus hijos los destinos que han de tener. Habla de la tribu de Judá, y de pronto esclama: "El cetro no saldrá de Judá, ni el príncipe de su posteridad, hasta la venida de *Aquel que debe ser enviado.* El reunirá todos los pueblos."

Despues de relatar estas promesas que podia conocer por la tradicion, entónces poco lejana, y por la revelacion divina, Moisés, lleno del Espíritu Santo, predice á su vez al libertador, del cual es él, Moisés, una figura imponente. "El Señor me ha dicho: Les suscitaré de en medio de sus hermanos un Profeta *semejante á tí.* Pondré mis palabras en sus labios y les dirá todo lo que yo le ordene; y si algunos no quieren oir las palabras que ese Profeta pronuncie en mi nombre, yo me vengare de ellos." De todos los Profetas que aparecieron de Moisés, ninguno se le ha aparecido, escepto Jesucristo, que le ha sobrepujado en todo, legislador mas grande, mas poderoso en milagros, mas instruido del porvenir, mas intimamente unido con Dios.

Van apareciendo los profetas y señalando con mas exactitud y mas detalles á "Aquel que debe venir." Miqueas saluda á la humilde Belen, donde nacerá; David, ó le habla como si estuviera presente, ó habla de él y no cesa de contemplarle; Habacuc se regocija en Jesus, Dios Salvador; Isaías anuncia que será de la raza de Jessé (padre de David), que nacerá de una vírgen, y que será llamado *Emmanuel* (Dios con nosotros), llamándole tambien Cristo, Rey de Israel. El nombre de *Hijo de David* le es dado por Jeremías y por Ezequías; Isaías dice tambien cuál es el objeto de su mision, pinta su dulzura y su bondad, describe sus milagros, le ve sufriendo en las humillaciones, objeto del desprecio de todos. David caracteriza el estilo de su predicacion.

Finalmente, de los Profetas puede sacarse la relacion completa de la Pasion, tal cual ha sido escrita por los Evangelistas. Encuéntrase el consejo de los judíos, la traicion de Judas, la agonía del monte Olivete, la fuga de los discípulos, los ultrajes ante el sumo pontífice, los treinta dineros dados al Iscariote, el camino del Calvario, la crucifixion, la túnica echada á suertes, la hiel y el vinagre, las injurias sufridas hasta en la cruz, la oracion por los verdugos, el grito supremo.

"¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me habeis abandonado? Padre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu."

Tambien se encuentra en los Profetas la reprobacion de los judíos, la resurreccion y el triunfo. Daniel dice: "Cristo será muerto, y el pueblo que renuncie á él no será ya su pueblo." David: "He dormido, y me he levantado." Isaías dice: "En aquel tiempo el vástago de Jessé, elevado en signo de salvacion ante todos los pueblos, será adorado por las naciones, y su sepulcro será glorioso." David dice nuevamente: "La tierra en toda su estension se acordará de todos esos milagros y se convertirá al Señor, y la inmensa familia de las naciones se postrará ante él.....Porque se ha de declarar que las generaciones que nos sigan pertenecen al Señor, y los cielos anunciarán su justicia al pueblo que debe renacer, al pueblo que el Señor ha formado." Malaquías (el último de los Profetas) esclama: "Desde donde se levanta el sol hasta donde se pone, mi nombre es grande entre las naciones; en todos los lugares se me presentan sacrificios, y se ofrece en mi nombre una oblacion purísima, porque mi nombre es grande entre las naciones, dice el Señor Dios de los ejércitos." Y desde Malaquías los Profetas se callan hasta Juan Bautista, el Precursor, que muestra á Jesus vivo, diciendo: "Hé aquí el Cordero de Dios."

Es tambien una profecía general, y no la ménos notable, el ardor con el cual los Profetas claman por el Mesías: el amor nunca ha tenido acentos mas penetrantes, y ese carácter señala bien que aquel por quien claman no es otro que aquel que les inspira y pone en sus labios el grito de la caridad que le escita á que descienda á la tierra. "Señor, dice Jacob: yo viviré en la esperanza de vuestra salvacion." "Señor, dice Moisés: os lo suplico; enviad á aquel á quien debeis enviar." "Despertad vuestro poder, dice David, y venid y salvadnos. Inclinad vuestros cielos; descended." "Apresurad el tiempo, apresurad el fin, dice el *Eclesiástico*, y que los hombres cuenten vuestras maravillas." "Cielos, esclama Isaías; derramad vuestro rocío; *lloved* al Justo, y que la tierra se abra y brote su Salvador!"

Los nombres que le dan y las imágenes bajo las cuales le representan espresan ese mismo amor, y son proféticas por sí mismas. El Patriarca Jacob le llama *El deseado de los collados eternos*; el Profeta Algeo, *El deseado de todas las naciones* el Profeta Isaías *Dios con nosotros, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz.* El mismo Isaías vuelve á compararle con el rocío, que es dulce, fecundante, que

participa de la tierra y que se remonta al cielo. El Profeta Oseas dice que su principio se prepara como el de la aurora; " porque (añade un intérprete despues de copiar estas palabras) así como la aurora cubre al sol y en cierto modo le crea, así la carne de Jesucristo cubria su divinidad circundándola y trayéndola hasta nosotros; y así como la aurora es una media luz que va aumentándose, así Jesus niño crece esteriormente en sabiduría y en gracia delante de Dios y delante de los hombres. Y porque la luz de la aurora es purísima, gratísima, dulcísima para los ojos de los hombres, cansados por las tinieblas de una larga noche, el nacimiento de Jesucristo es la dulcísima y preciosísima aurora que vino á despertar al género humano, abismado hacia cuatro mil años en las regiones de la muerte."

Hé aquí, entre otros muchos, algunos rasgos de ese perfecto retrato del Mesías, marcado por Dios á los Profetas para que fuera conocido de Israel y del mundo. Sin duda todo lo que á El se refiere no se halla igualmente claro, y solo de El podia recibir una luz plena y perfecta; sin duda tambien todos los judíos, esparcidos en gran número en Roma y en todo el imperio, no comprendian del mismo modo y en el mismo grado lo que sobre El podia entónces comprenderse: todos sabian, sin embargo, lo bastante para desperter las tradiciones dormidas en el fondo mas lejano de la historia, y para que, aun en el gentilismo, penetraran mas rayos de la verdad que los que sus sabios hubieran querido recibir. Ahora podemos conocer de dónde llegó á la mente de Sócrates aquella idea, en él tan estraña, del justo aborrecido y crucificado; ahora sabemos de dónde procedió todo lo que Platon y Ciceron concibieron respecto á la divinidad y respecto á la inmortalidad del alma; ahora sabemos de qué voces eran ecos aquellos presentimientos de los pueblos, aquellas sorprendentes predicciones de los poetas que anunciaban al Rey que saldria de Judea, al Niño maravilloso que debia cambiar el curso de las cosas y fundar un órden nuevo.

En cuanto á nosotros, que hemos venido en la sucesion de los tiempos, Dios nos ha dado la plenitud de esa maravilla, y podemos comparar el original con el retrato ejecutado anticipadamente, apareciéndonos el retrato con toda su perfeccion divina. Un escritor frances hace resaltar de un modo ingenioso el milagro de esa obra. "Figurémonos, dice, una escelente estatua formada de muchas piezas, trabajada por muchos obreros en épocas muy diversas. Uno empieza la cabeza en la primera época del mundo; el otro forma el cuerpo

mil años mas tarde; viene otro despues y hace un brazo, otro un pié otro una mano, sin que ninguno de ellos sepa nada sobre la obra que están haciendo sus compañeros; y sin embargo, reuniendo todas esas piezas se ve que forman la verdadera figura del Mesías, y que esa figura, así formada mucho tiempo ántes de su aparicion, la representa perfectamente y tal cual era cuando conservaba entre los hombres. . . Diríase que los Profetas habian vivido siempre con él, y que obraron de concierto, no solamente consigo mismos, sino con los Evangelistas. ¡Tan perfecto es el acuerdo entre lo que estos cuentan como cosa pasada y lo que aquellos predicen como cosa que debia suceder!"

En efecto; se ha visto esta concordancia, y á fin de huir de ella, algunos *sabios* han acudido resueltamente al absurdo. Han dicho que varias profecías habian sido supuestas ó se habian cambiado de lugar y fecha; y como esta invencion no les permitia sacar gran partido, puesto que, aunque solo sea por la tradicion, el Antiguo testamento tiene siempre una fecha segura y anterior en muchos siglos á Jesucristo, otros sabios han esplicado el misterio, indicando que el Evangelio se compuso ateniéndose á las profecías. Los últimos historiadores de Jesus giran, hasta donde se atreven, en torno de este sistema, y hasta ahí ha llegado la ciencia impía; pero tampoco este sistema obtiene grandes ventajas. Como muchas de las profecías del Antiguo y Nuevo Testamento solo se han cumplido largo tiempo despues de la época mas próxima en que se puede fijar la redaccion de los Evangelios, tiene que reconocerse que los falsarios que formaron á Jesucristo siguiendo las profecías (lo cual seria un gran milagro), han sido ellos mismos otros tantos Profetas. No citemos en prueba de ello sino estas solas palabras, inspiradas por el Espíritu Santo á la Madre del Salvador: *Et Beatam me dicent omnes generationes.* "Y todas las generaciones me llamarán *Bienaventurada;*" y preguntemos: ¿puede presentarse un decreto al cual hayan obedecido mas dócilmente todas las épocas, todos los tiempos y todos los hombres?

Dejemos á un lado esas cuestiones que nos sonrojan, y recordemos otra profecía inspirada por Dios para que la incredulidad tuviera que refugiarse miserablemente en la negacion brutal, pura y simple. Es esta la profecía de Daniel, quien, con quinientos años de antelacion, fija el año, y probablemente el dia, del advenimiento del Mesías.

Durante el cautiverio de Babilonia, Daniel vió, por su órden, diversas veces y con distintas figuras, cuatro monarquías bajo las cuales debian vivir los israelitas, señalándolas con sus carácteres propios.

Vió pasar como un corriente el imperio de un Rey de los griegos, el de Alejandro, y por su caida vió establecerse un nuevo imperio, menor que el primero, imperio debilitado por sus divisiones. Es ese imperio el de los generales que sucedieron á Alejandro, entre los cuales se señalan cuatro en la profecía... Vió sus guerras, sus rivalidades, sus alianzas engañadoras; la dureza y la ambicion de los reyes de Siria; el orgullo y las otras señales que designan á Antioco el Ilustre, implacable enemigo del pueblo de Dios, la brevedad del reinado de este, y el pronto castigo de sus escesos; vió, por fin, empezar el reinado del *Hijo del hombre*, y en esta palabra se reconoce á Jesucristo, aunque el reinado del Hijo del hombre es tambien llamado el reinado de los *Santos del Altísimo*. Todos estos pueblos se hallan sometidos á aquel grande y pacífico reinado: la eternidad le está prometida, y debe ser el único *cuyo poder no pase á otro imperio*.

Dios descubre de un modo manifiesto á Daniel cuándo ha de venir aquel Hijo del hombre, aquel Cristo tan deseado, y cómo cumplirá su obra, es decir, la Redencion del género humano. Miéntras Daniel se ocupaba del cautiverio de su pueblo en Babilonia, y de los setenta años á que Dios habia querido reducirle; en medio de los votos que hacia por la libertad de sus hermanos, se sintió de pronto elevado al conocimiento de los misterios mas altos. Vió otro número de años y otra libertad mucho mas importante; en vez de los setenta años predichos por Jeremías, vió setenta semanas de años, á contar desde la órden de Artajerjes Longimano, el año veinte de su reinado, para reedificar la ciudad de Jerusalen; y vió que para el fin de esas semanas se hallaba señalada en términos precisos *la remision de los pecados, el reinado eterno de la justicia, el entero cumplimiento de las profecías y el óleo del Santo de los Santos*. Cristo debe mostrarse como *caudillo* del pueblo despues de sesenta y nueve semanas; y despues de sesenta y nueve semanas [porque el Profeta repite ese número] *Cristo debe de ser muerto*; debe morir de muerte violenta, debe ser crucificado para cumplir los misterios. Daniel señala una semana entre todas, la última, la setenta, en que Cristo será inmolado, en que la alianza será confirmada, y durante la cual los sacrificios serán abolidos, sin duda por la muerte de Cristo, porque este cambio se señala despues de la muerte de Cristo. *Despues de la muerte de Cristo* y de la abolicion de los sacrificios, Daniel solo ve horror y confusion: ve la ruina de la Ciudad Santa y del Santuario; un pueblo y un capitan que llegan para perderlo todo; la abominacion en el templo; la última é irremediable desolacion de un pueblo ingrato hácia su Salvador.

Esas semanas reducidas á semanas de años, segun el cómputo de la Escritura, forman cuatrocientos noventa años, y nos llevan exactamente desde el año veinte de Artajerjes hasta la última semana, semana llena de misterios, en que Jesucristo, crucificado, pone fin con su muerte á los sacrificios de la ley, cumpliendo sus figuras.

Los sabios forman diversos cálculos para hacer que todos esos tiempos cuadren exactamente. Nada de estraño habria en que se encontrara alguna incertidumbre en la fecha; pero el corto número de años sobre el cual puede disputarse en una cuenta de cuatrocientos noventa, no puede dar lugar á cuestion ninguna importante. Dios, ademas, ha cortado la dificultad por una decision que no consiente réplica: un acontecimiento evidente nos pone muy por encima de todas las susceptibilidades de los cronólogos: la ruina total de los judíos que siguió tan de cerca á la muerte de Nuestro Señor, hace comprender á los ménos avisados el cumplimiento de la profecía.

Otra circunstancia debe tambien notarse.

Daniel nos descubre un nuevo misterio, el oráculo de Jacob solo nos habia enseñado que el reino de Judá habia de concluir con la venida del Mesías; pero no nos decia que su muerte habia de ser causa de la caida de su reino. Dios reveló ese secreto importante á Daniel, declarándole que la ruina de los judíos seria la consecuencia de la muerte de Jesucristo desconocido por ellos.

Las semanas de Daniel se aproximaban á su término, y ya la señal indicada por Jacob saltaba á los ojos de todos. El cetro habia salido de Judá: Herodes, estraño á la sangre real, y acaso á la misma sangre de Abraham, reinaba sobre el trono de David como tirano por gracia del pueblo de roma. La política de Herodes se reducia á embellecer el templo y á deshonrar al sacerdocio, poniendo en subasta el sumo pontificado. Alternativamente cambiado, instituido, destituido por el príncipe ó por el gobernador romano, el gran sacerdote solo era hechura efímera y juguete de aquellos poderes intrusos. La religion iba declinando en medio de la pompa de las ceremonias; las sectas se multiplicaban llenando con sus acres discusiones la ciudad las escuelas y hasta el interior del templo.

Los seduceos, ricos, incrédulos y burlones, propagaban el desden hácia la Ley; los fariseos, llenos de orgullo y de dureza, la ultrajaban de otra manera, recargándola de prácticas insoportables, tan duras

para la flaqueza como odiosas para la razon; los asesinos, verdaderos cismáticos, se imponian reglas de vida austera y que condenaban la libertad legítima; pero, por una compensacion muy frecuente, hacian caso omiso de los preceptos, rechazando las tradiciones y pretendiendo honrar á Dios sin ofrecerle sacrificios. Grandes desórdenes seguian á aquel desarreglo de los ánimos, siendo ésta tambien una nueva señal que los doctos no ignoraban; porque en el corazon de los justos y de los sabios el presentimiento de una catástrofe se mezclaba con el de la esperanza de la redencion.

Todos esperaban. Respecto del Mesías, no habia incrédulos, pero al mismo tiempo se iba perdiendo mas y mas cada dia la verdadera nocion del enviado divino. A esto contribuia el espíritu nacional no ménos que el espíritu de secta: la dominacion de los romanos, aunque relativamente moderada, indignaba á un pueblo que no dejaba de tener buenas razones para creerse superior á sus arrogantes señores, á quienes echaba en cara, ademas de su crueldad y su rapacidad, los sacrilegios. La insolencia de los romanos habia violado muchas veces las prácticas religiosas, y se esperaba al Mesías considerándole sobre todo como un vengador y habituándose los judíos á creer que el Deseado de las Naciones vendria, terrible y victorioso, á saciar su ambicion y á sustituir con ellos á los señores del mundo. Así en aquellos corazones inclinados hácia la tierra, se estaban formando, cuando iba á nacer la luz, tinieblas mas densas que lo que lo habian sido las de la noche. El Mesías dirá *bienaventurados los corazones puros*, y solo lo verán aquellos que no le pidan el reinado propio, sino el de Dios.

La paz, sin embargo, reinaba en Judea como en todas partes. Augusto habia tomado en Roma todas las sediciones, y habia reprimido en el mundo todas las sublevaciones. Las turbulencias doctrinales de Jerusalen, dominadas por la esperanza, no perturbaban en nada el estado general de tranquilidad. Tampoco habia allí ningun partido que políticamente fuera temible; aquel era un momento raro en la historia. Roma poseia un templo, el mas hipócrita de todos cuantos habia levantado, el templo de la Paz, cuyas puertas dejaba abiertas durante la guerra en forma de oracion permanente para lograr la paz; pero desde Numa hasta Augusto, en siete siglos, el templo de la Paz solo se habia cerrado dos veces: la primera, segun se dice, por algunos años; la segunda por algunos meses. Entre tanto, como para mostrar á qué precio único la fuerza puede producir la paz,

dos veces la mano homicida de Augusto habia querido cerrar aquellas puertas formidables, ó mas bien Augusto las habia tapiado con los cadáveres de los ciudadanos. Aquellas puertas habian vuelto á abrirse, y habian vuelto nuevamente á cerrarse por la espada de Tiberio. Tiberio llega á ser el ejecutor de lo que pudiera llamarse el primer hecho evangélico: procuró el silencio de las armas en medio del cual pronunció Dios en voz baja la palabra de la paz verdadera y eterna. El imperio comienza á realizar los designios de Dios, y ya, que quiera que no quiera, el imperio no hará mas papel que ese. Los hechos de guerra son los únicos acontecimientos importantes de la antigüedad, y esos hechos callan entónces en todas partes, porque se ha dicho que la tierra estaria en paz en esa hora. ¡Hora de cánticos, hora de triunfos! En Roma, Virgilio y Horacio cantan á los piés de Augusto y de Tiberio victoriosos; en Judea, encima de un pesebre en que descansa un niño recien nacido, unas voces celestiales, solo oidas por algunos pastores, van á entonar el compendio del eterno Evangelio: *¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*

La hora es solemne para toda la naturaleza. En el vasto firmamento, los astros no se habian separado de su marcha; nada habia allí que reparar, ninguna perturbacion desviaba de la regularidad á aquellos reinos inviolables. Sin embargo, una circunstancia debia señalar en ellos el advenimento del nuevo Adan, del nuevo Moisés, del nuevo Josué, del HOMBRE á quien los demonios y los ángeles, y los vientos y el mar, y las plantas y toda cosa creada, van á obedecer. Esta circunstancia fué el jubileo universal de los planetas: todos en aquel momento habian terminado sus revoluciones, y todos estaban dispuestos al trabajo ó á la tranquilidad: todos volvieron á partir obedientes para una carrera nueva, como el dia en que el mismo Verbo de Dios, al llamarlos por su nombre desde el fondo de la nada, cada uno respondió: "¡Héme aquí!" y emprendió el camino que se le habia trazado.

Aquel que ha creado el mundo va á parecérsenos vivo con nuestra vida, con la debilidad de nuestra carne. Buscamos á Dios, y el Hombre va á presentársenos; pero el hombre solo se nos manifestará para que recibamos á Dios. Le reconoceremos sin ningun trabajo; pidámosle, sin embargo, la buena voluntad.

Ahora Jesus no está oculto ni disfrazado: ha pasado por la enfermedad y permanece en la gloria; pero hace diez y nueve siglos que ese sol cada vez mas brillante encuentra ciegos voluntarios que se obs-

tinan en no verle. Tal es el misterio de la libertad humana; en frente de la misma evidencia, el hombre conserva el mérito de creer, tiene la formidable facultad de negar. Si no habiendo jurado permanecer en las tinieblas, no nos sentimos tampoco fuertes para salir de ellas, pidamos el socorro de la gracia. Nuestra razon está sujeta á perturbaciones que la inteligencia no puede ni formular, ni adivinar, ni apagar; pero la oracion obtiene la gracia, y con la gracia viene la claridad. Pronunciemos las palabras poderosas que el Espíritu Santo nos ha sugerido para vencernos á nosotros mismos y vencer á Dios, como la madre sugiere al niño culpable la palabra que el padre exige ántes de conceder su perdon. No nos obstinemos contra la misericordia; no rechacemos la salvacion. Siempre podemos decir: "Señor, haced que yo vea." Siempre creemos lo bastante, y siempre creemos lo bastante poco, para tener justos motivos de repetir estas otras palabras dirigidas á Jesus: "Yo creo, Señor; fortaleced mi fé."

VIDA DE N. S. JESUCRISTO.

LIBRO PRIMERO.

EL PRÓLOGO DEL EVANGELIO.

CAPITULO PRIMERO.

Nazareth.—Belen.—El Jordan.

El sacerdote Zacarías y su mujer Isabel, los dos justos y aceptables á los ojos de Dios, no tenian sucesion ni la esperaban á causa de su mucha edad y de que Isabel era estéril.

Un dia que Zacarías, designado por la suerte, estaba ejerciendo su ministerio en el templo, se le apareció el Angel del Señor, y le dijo que su oracion habia sido escuchada, y que Isabel le daria un hijo que debia llamarse Juan, añadiendo que ese hijo seria grande, lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre, y que marcharia delante del Señor, con la virtud del Profeta Elías para preparar á los hombres á que recibieran la salvacion.

Zacarías no habia pedido sin duda un favor que no se atrevia á esperar, limitándose á orar por el advenimento del Mesías: asustóse, pues; no comprendió las palabras del Angel y no creyó en ellas pero el Angel le echó en cara su incredulidad, y le anunció que en castigo de ella Dios le quitaria el uso de la lengua hasta el cumplimiento de las cosas predichas. En efecto, Zacarías salió del templo pálido y sin voz y solo sus signos dieron á conocer que habia tenido una vision. Santa Isabel concibió, y, retirada, dió humildemente gracias á Dios, que la libertaba del oprobio de la esterilidad.

Seis meses despues, el ángel Gabriel, el mismo que habia aparecido á Zacarías, fué enviado por Dios á una vírgen de la descendencia